

JAIME VALDIVIESO

NERUDA: MISION Y POESIA

EN 1823, antes de las jornadas de Junín y Ayacucho, antes de la independencia política, Andrés Bello proclamó la independencia espiritual en la primera de sus *Silvas Americanas*. Hermoso y significativo gesto de afirmación cultural que, por desgracia, después de más de cien años, no hemos visto aún realizado plenamente. Luego de una precaria independencia política sobrevino la dependencia económica y cultural que ha determinado una realidad confusa y equívoca que aún buscamos definir (no hay congreso o reunión de intelectuales latinoamericanos en que no surja este problema), impidiéndonos situarnos con plena seguridad, dentro de una cultura que la mayoría siente como algo ambigua, ajena, sin prestigio y que no alcanzará verdadero sentido mientras no asumamos con plena conciencia y decisión nuestro pasado y aceptemos con orgullo el presente: un mundo espiritual nuevo, distinto, hecho de fusiones y entrelazamientos: lo indígena y lo europeo, el mestizaje de sangres, concepciones de vida, normas y tradiciones, que ya se ha expresado con plenitud en el arte, y en la manera como muchos pensadores desde Bolívar asumieron el nuevo mundo con los instrumentos del saber universal de su tiempo.

La tarea de ir creando y desarrollando este sentimiento de valoración hacia los productos de nuestra realidad, es labor que vienen haciendo muchos de nuestros "auténticos" escritores latinoamericanos, sean de primera, segunda o tercera categorías. Destaco la palabra auténtico (concepto que conviene reprimar), ya que en nuestro medio tiene una enorme carga explosiva libertaria y les corresponde a aquellos escritores que sienten como una necesidad fundamental hacerse cargo del destino de nuestras tierras, considerando su misión mucho

más allá de los límites de lo puramente artístico. Gabriela Mistral, verdadera Atenea de los misterios y signos de nuestra tierra, celebraba a los escritores modestos que soslayando ambiciones ecuménicas, se asignaban la tarea de expresar las cosas de nuestro pueblo y nuestra naturaleza: verdaderos forjadores de la tradición. Latinoamérica como dice Carpentier, "tiene ante sí —y los tenía más agudos en el siglo XIX— problemas primarios, como por ejemplo el de definirse él mismo y definir las cosas que lo rodean"¹.

Escritores de esta especie lo fueron en su contexto histórico Homero, Virgilio, los poetas medievales. Entre nosotros lo fueron Bello, Sarmiento, Lastarria, Martí que con su ejemplo trazaron el camino por donde debían seguir nuestras letras.

No pocos continúan por esta senda alcanzando a través de ella una plena universalidad, ya expresen el plano de la realidad histórico-cultural como Alejo Carpentier o Guimaraes Rosa, ya el de la metafísica en la búsqueda de nuevos mundos en el interior del hombre como en Borges. En cualquier caso, nuestra literatura posee un inequívoco signo que nos identifica y define, y a través de este proceso vamos forjando nuestra imagen ante cuya frecuente contemplación adquirimos conciencia de nuestra identidad histórica y espiritual.

Pretendemos estudiar en estas páginas la voluntad americanista de Pablo Neruda que desde sus primeros años de escritor se ha asignado esta misión, creando y ejerciendo en su poesía y en trabajos sobre su vida y su obra literaria esta preocupación constante por la búsqueda de una cultura propia e independiente, parte de la "llamada cultura occidental" pero con una variante muy nuestra y que sólo alcanzará su supremo sentido cuando pase del arte a la vida, a las instituciones culturales, sociales, educacionales.

Desarrollar, por lo tanto, este sentimiento de fe americanista de seguridad individual y colectiva en nuestros valores es una labor libertaria, histórica, tal vez la más importante y trascendente a que pueda aspirar un escritor en nuestras tierras.

Este estudio se propone, deliberadamente, en cierta medida ser "extraliterario" de acuerdo a la terminología crítica y preceptivista, pues no va a tratar de su poesía como entidad "en sí", sino en lo que hay en ella y su demás obra de ensayista de preocupación, de amor

¹Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras UNAM, otoño 1963.

obsesionante, de responsabilidad ética por la necesidad y consecución de un arte y una conciencia latinoamericana.

LA VOZ DE LA TIERRA

Rodríguez Monegal ha titulado sabiamente un libro sobre Neruda: *El Viajero Inmóvil*, indicando con esto, que a pesar de sus numerosos viajes la atención del poeta permanece siempre en un mismo punto: su tierra, el sur de Chile. Es decir, uno de los más universales de nuestros escritores vive con el rostro vuelto hacia las cosas y los seres que acompañaron sus primeras impresiones. Este hecho que se refleja en su obra poética, se manifiesta igualmente en su actitud como intelectual, en muchos de sus escritos, en sus preocupaciones diarias. Siendo muy joven aún en una obra titulada *Conducta y Poesía* se refiere ya a lo "artístico" puro como una actitud refinada y pedante capaz de envilecer al escritor: "Es el poder de la edad o es, tal vez, la inercia que hace retroceder las frutas al borde mismo del corazón, o tal vez lo "artístico" se apodera del poeta y en vez del canto salobre que las profundas olas deben hacer saltar, vemos cada día al miserable ser humano defendiendo su miserable tesoro de persona preferida"². Desde muy temprano considera su misión de escritor como algo mucho más importante que la pura expresión estética, producto para consumidores de marfiles y diamantes.

En *Sobre una Poesía sin Pureza* no deja lugar a dudas de cuáles son sus preferencias, sus objetos más preciados, sus sentimientos esenciales que a la vez definen su existencia y su obra: "Es muy conveniente, en ciertas horas del día o de la noche, observar profundamente los objetos en descanso: las ruedas que han recorrido largas, polvorientas distancias, soportando grandes cargas vegetales o minerales, los sacos de las carbonerías, los barriles, las cestas, los mangos y asas de los instrumentos del carpintero. De ellos se desprende el contacto del hombre y de la tierra como una lección *para el torturado poeta lírico* (subrayado por J. V.). Las superficies usadas, el gasto que las manos han infligido a las cosas, la atmósfera a menudo trágica y siempre patética de estos objetos, infunde una especie de atracción no despreciable hacia la realidad del mundo". "Así sea la poesía que buscamos", dice explícitamente más adelante, y finalmente: "Y no olvi-

²Obras Completas, 1956, pág. 1194.

demos nunca la melancolía, el gastado sentimentalismo, perfectos frutos impuros de maravillosa calidad olvidada, dejados atrás por el frenético libresco: la luz de la luna, el cisne al anochecer, "corazón mío", son sin duda lo poético elemental e imprescindible. Quien huye del mal gusto cae en el hielo".

Pocos textos se nos ocurren más reveladores y significativos que éste, pleno de ideas, sensaciones y emociones característicos de nuestra vida y nuestra realidad, y la naturaleza de una convivencia con el mundo circundante de vastos alcances ontológicos en que el poeta y los objetos se compenetran y revelan mutuamente. El poeta elude la caída en un puro sicologismo solipsista mediante una relación activa y cordial con los objetos: "de ellos se desprende el contacto del hombre y de la tierra como una lección *para el torturado poeta lírico*" (sub. por J. V.). Estamos lejos del habitual animismo retoricista tan común en nuestra poesía y nuestra prosa. Para Neruda los objetos tienen un valor existencial, están cargados por la presencia humana, con-vive con ellos y a través de ellos con el hombre. De la relación del hombre americano con el contorno natural surge una nueva cosmovisión, una imagen del mundo que determina su espíritu y sus acciones.

En el verano de 1954 Neruda da un curso de temporada en el salón de honor de la Universidad de Chile que luego, con modificaciones, aparece como prólogo a sus obras completas. Comienza así: "Para saber y contar y contar para saber... tengo que empezar así esta historia de aguas, plantas, bosques, pájaros, pueblos, *porque eso es la poesía, por lo menos mi poesía*" (sub. J. V.). Luego continúa: "Yo tendría unos diez años, pero era ya poeta. No escribía versos, pero me atraían los pájaros, los escarabajos, los huevos de perdiz. Era milagroso encontrarlos en las quebradas, empavonados, oscuros y relucientes, con un color parecido al del cañón de una escopeta. Me asombraba la perfección de los insectos. Recogía las madres de la culebra. Con este nombre extravagante se designa al mayor coleóptero, negro, bruñido y fuerte, el titán de los insectos de Chile". En otra parte recuerda: "Yo me voy por el campo en busca de mi poesía. Ando y ando. Me pierdo en el cerro Nielol. Estoy solo, tengo el bolsillo lleno de escarabajos. En una caja llevo una araña peluda, recién cazada. Arriba no se ve el cielo. La selva está siempre húmeda, me resbalo de repente, de repente grita un pájaro, es el grito fantasmal del Chucao. Crece desde mis pies como una advertencia aterradora. Apenas se

distinguen como gotas de sangre los copihues. Paso minúsculo sobre los helechos gigantes. Junto a mi boca pasa una torcaza con un ruido seco de alas. Más arriba otros pájaros se ríen de mí con risa ronca. Encuentro difícilmente el camino. Ya es tarde".

A través de estas páginas sentimos la presencia de la palabra "reveladora" instauradora de mundo, de realidades, de tradición, en suma, de "cultura". Sólo una sensibilidad como la suya, entrenada desde la primera niñez a un idioma de signos y sensaciones infrasensibles, subterráneo puede captar tantos fenómenos a la vez. Oye voces que nadie escucha, percibe relaciones que nadie entiende, adivina movimientos que sólo ciertos alucinados podrían distinguir. García Lorca expresa con notable intuición el hondo significado de sus *Residencias* cuando al presentarlo frente a un auditorio en Madrid, dice: "es un poeta lleno de voces misteriosas que afortunadamente ni él mismo puede descifrar". El poder insólito de su poesía de este período reside en su capacidad para ir mucho más allá de la razón, del orden lógico binario, de relaciones de causa a efecto, para resumir en una sola visión totalizadora la simultaneidad de los fenómenos, pudiendo conciliar los contrarios: el odio con el amor, la vida con la muerte, la exaltación con la melancolía, la acción con la sustancia:

*y a vuestra vida, a vuestra muerte asidme
a vuestros materiales sometidos,
a vuestras muertas palomas neutrales
y hagamos fuego y silencio, y sonido
y ardamos y callemos, y campanas³,*

Y termina diciendo: No he hablado gran cosa de mi poesía. En realidad entiendo bien poco de esta materia. Por eso me voy andando con las presencias de mi infancia. Tal vez de todas estas plantas, soledades, vida violenta, salen los verdaderos, los secretos, los profundos *Tratados de Poesía* que nadie puede leer, porque nadie los ha escrito. Se aprende la poesía paso a paso entre las cosas y los seres, sin apartarlos sino agregándolos a todos en una ciega extensión de amor".

Otra vez el poeta se muestra más preocupado de las formas de la vida que de la estética literaria, de la existencia estremecida de los seres, animales y cosas, de todo aquello que determina nuestra realidad y activa la conciencia de ella.

³Entrada a la Madera. *Residencias*.

EL GRAN MEAULNES Y UN LIBRO SOBRE LOS PAJAROS DE CHILE

Hasta aquí hemos querido destacar aquellos elementos de la obra nerudiana que expresan una reflexión sobre su propia labor y su especial concepción de la realidad reflejada en ella, así como algunos rasgos importantes que revela su obra en la búsqueda de un arte propio y específico latinoamericano.

Ahora nos referiremos a ciertos aspectos de su personalidad tal como la observamos a través de un frecuente trato privado con el poeta que nos parecen de gran interés para una mejor comprensión del significado histórico-cultural de su poesía.

Conocí a Neruda una fría mañana de fines de agosto. Pasaba entonces una temporada en Santiago en su casa junto al cerro San Cristóbal. Era un día sin nubes en que el sol parecía una oblea de hielo a través de una niebla delgada y movediza que cubría la ciudad. Saltando para neutralizar el entumecimiento toqué el timbre de una puerta que daba a la calle. Al cabo de unos minutos, surgió el rostro de una delgada y tímida muchacha enmarcada entre el muro y la puerta que mantuvo celosamente entrecerrada durante los instantes en que le hablaba. Insistí en que tenía concertada una visita, que "don Pablo" me esperaba. Me siguió mirando inquisidora, pero muda hasta que desapareció para luego volver otra vez haciéndome pasar y conduciéndome, bordeando un pequeño patio hasta una larga sala junto a la misma calle. Se trataba de un comedor con una larga mesa rectangular al fondo y otra redonda frente a la entrada y muchas sillas puestas al azar unas y en orden otras. A cada instante descubría nuevos e inesperados objetos. Colgados de la pared, viejos mapas de América del Sur, una punta de arpón. Sobre diversas repisas figuras de greda: aztecas, indúes, incásicos, africanos; en el suelo y en otras repisas botellas, numerosas botellas de diferentes formas, colores, tamaños. Me hallaba en pleno mundo de lo "real maravilloso" de Carpentier.

Volvió la niña diciéndome ahora que el señor estaba en cama, pero que me esperaba en el dormitorio. La seguí a través del patio y luego subiendo una larga escala entre ramas y enredaderas y el chasquido de unos papagallos cuyas plumas multicolores resplandecían a ratos entre los hojas. Luego de llegar a los últimos escalones se abrió de pronto una puerta y surgió Matilde Urrutia, mujer del poeta quien mientras bajaba apresurada me decía que prosiguiera mi ascenso, aún más arriba de ese pabellón. Atravesé otra sala llena de

objetos insólitos: barcos en botella, extraños candelabros, extravagantes sillones, bolos de vidrio y red de pescadores, un cuadro de Matilde con dos perfiles por Diego Rivera. A través de unos amplios ventanales se veía un jardín en varios niveles y al fondo los techos de las casas vecinas. Seguí subiendo, abriendo y cerrando puertas, desplazándome por inesperados recovecos hasta enfrentar una nueva puerta que supuse sería la definitiva. Golpeé. Una voz inconfundible (la de los *Veinte Poemas* y las *Alturas de Macchu Picchu*, pensé) me respondió al otro lado. Abrí y allí estaba el poeta, no precisamente "de cuerpo presente" ya que salvo la cabeza, se hallaba bajo las sábanas de una amplia cama con un cobertor de piel café, desde donde me alargó una mano pequeña, cordial y segura. Su rostro oliváceo, surgió como desde el fondo de una planicie, mientras dos ojos menudos y penetrantes, me indicaban una silla pegada al lecho. Este más que un lugar para el sueño y el reposo, se asemejaba a una embarcación. Pensé que sólo le faltaba una vela al medio para que hubiese parecido el más perfecto navegante solitario. La cama enfrentaba un gran ventanal ante el cual se quebraba una hermosa cascada. Todo allí parecía suspendido, lleno de potencialidades cinéticas. Temí que en cualquier momento, el poeta y yo, pudiéramos salir aguas arriba.

No hubo necesidad de embarazosos preámbulos para iniciar una tranquila y amable conversación. Sobre el cobertor de piel había dos libros: uno sobre los pájaros de Chile y una bellísima edición del *Grand Meaulnes* de Alain Fournier. Comenzamos a hablar sobre dichos libros y luego la conversación derivó hacia nuestra realidad: el encanto de ir descubriendo nuestra tierra, nuestro pueblo, las diversas regiones. Me indicó una lámina del libro sobre los pájaros donde aparecía el tordo, el chercán, la loica. Le pregunté por la edición de Fournier. Era una edición de lujo comprada en una librería de París. Poseía tres ediciones distintas de ese autor que adoraba por su vida y su obra misteriosa. Dos libros, dos símbolos pensé: el conocimiento cabal y cordial de nuestro país y el refinado y sabio de los maestros europeos; nuevo y viejo mundo, lo primitivo y lo exquisitamente elaborado en perfecta simbiosis.

Pronto pasa una hora o tal vez más, y el objeto de la visita, una carta de presentación para un crítico en Inglaterra, se me había borrado. La conciencia del tiempo me volvió culpable y di por terminada la conversación.

De regreso de Europa nos vimos numerosas veces y en cada oca-

sión fui descubriendo nuevas y sutiles conexiones entre su persona, sus conocimientos, los objetos que lo rodean y su obra literaria. Desde luego, los últimos no cumplen sólo una función estético-decorativa, sino que son parte y emanan de su persona tal como las casas inverosímiles que se construye. Hay entre él y los objetos relaciones emocionales, culturales, sentimentales de manera que ellas constituyen sus habitat, su medio ecológico. Neruda extraído de su medio se encuentra solo, en el aire y por eso comienza pronto a segregar objetos: este es el origen de sus múltiples colecciones.

Pero nada sería más errado que considerar al poeta en una relación sonambúlica con el mundo y los hombres. Tiene un notable sentido práctico para organizar y planificar. Cuando se trata de hacer un análisis de la sociedad, de los movimientos históricos y políticos, de las acciones y reacciones de los hombres, lo hace con una rigurosa claridad científica. En cambio, nadie más endiabladamente hechicero frente al mundo de las apariencias. Dentro de los dominios donde ejerce sus magia, surge una segunda y hasta tercera dimensión, las cosas se llenan de sugerencias, se engranan unas en otras, formando un sistema cerrado, dejando atrás tediosa y vacía, la realidad a la que estamos habituados. Para él el acto de comer, de beber, de cambiar ideas, de reunirse con amigos se transforma en un acto más rico e incitante, más irreal y a la vez más completo. Sus platos para servir la mesa, sus copas y jarros para el vino, sus vasos para el cóctel o el bajativo, ofrecen siempre alguna especial característica en su factura, color y origen: los ha traído de Rumania o de Venecia; los ha encargado a un maestro chileno que fabrica vasos de viejas botellas; los ha adquirido en algún especial remate. Pero esto no es todo: para comer y beber y conversar hay que elegir un sitio adecuado al momento y las circunstancias: en una mesa de tronco bajo unos árboles, rodeado de flores junto a una roca, mirando el mar, pero no de frente, sino desde un ángulo en que se observa el faldeo de un cerro, unos mechones de quisco y las gaviotas que se deslizan como dormidas bordeando la costa. Con él en la Isla Negra aprendí a observar el último rayo de sol: una cinta esmeralda que se percibe en el segundo justo de su total desaparición.

No tolera una conversación sobre literatura más de cinco minutos, sin embargo se conoce la poesía inglesa y francesa de memoria. Una noche lo desafió a que reconocca unos versos en francés que siempre recuerdo. Me encontraba sentado junto a la chimenea desde donde se podía observar el cielo a través de un amplio ventanal recortado

por una larga mesa llena de artefactos: un catalejo, un colmillo de cetáceo, una gran lupa sobre un grueso tratado de plantas nacionales. En un costado, una hermosa sacerdotista de madera de gesto cándido y sereno: uno de sus tantos mascarones de proa. "Par le soirs bleus d'été, Jiré dans le sentiers / Picoté par le blé, fuler l'erbe menu"... y continué unos cuantos versos más. Se quedó pensativo mientras empujaba displicente con el pie, una inmensa pelota con figuras romboidales de diversos colores, una inverosímil pelota de unos cincuenta centímetros de alto; le dio un nuevo golpe que la llevó rodando mansa por el cuarto y dijo en forma seca, rotunda: "Rimbaud, hijo mío".

Pensamos que en Neruda la relación con el hombre es indirecta, pasa a través de los objetos. Su inclinación instintiva, inconsciente lo lleva antes que nada a la naturaleza y las cosas. Cuando canta recordando a García Lorca o a Rojas Jiménez, los evoca rodeados de objetos, referidos siempre a diversas materias:

*Porque por ti pintan de azul los hospitales
y crecen las escuelas y los barrios marítimos
y se pueblan de plumas los ángeles heridos
y se cubren de escamas los pescados nupciales
y van volando al cielo los erizos*

Y a Rojas Jiménez:

*Entre plumas que asustan, entre noches
entre magnolias, entre telegramas
entre el viento del sur y el Oeste Marino
vienes volando*

Es solo tardíamente cuando a Neruda se le revela la condición humana, el hombre suspendido en sí mismo y comienza a centrar en él su poesía, pero de una manera consciente, meditada, preconcebida. El se encarga de explicarnos este cambio: el paso de la reflexión del hombre en los objetos al hombre mismo:

"Yo adoro los mercados. Lo primero que hice en Shangay fue irme al mercado. Lo mismo hice en la Martinica, en Colombo y en Batavia. Los mercados tropicales nos derrotan por fuera como las mariposas y los poetas del trópico.

Todo tiene color violento y turbador aroma.

Pero nuestros mercados, nuestras ferias, desprovistos del esplendor

ecuatorial, tienen sólidos y sabrosos tesoros, gloriosos frutos de tierra y mar australes.

Reconozco que como me pasaba antes, como suele pasarnos, miré mucho las frutas y las legumbres ilustres de nuestra Vega Central. *Sin ver hombres ni mujeres. Nunca me había fijado en la muchedumbre de gente que transporta, que sube y baja con los sacos, que pulula y se derrama junto a la catedral de la verdura* (subrayado por J. V.).

Hasta que un día en 1938 tuve una revelación de esas que debo confesar aquí.

Yo volvía de España. Me invitaban de sitios muy diversos para dar una charla, para escucharme. Había curiosidad, esa bendita inextinguible curiosidad de los chilenos por conocer y saber.

Un día de invierno había llegado a mi casa dispuesto a meterme a la cama, cansado y con frío, cuando me di cuenta de que a esa misma hora me estaban esperando para escucharme en alguna parte.

Rápidamente tomé mi sombrero y mi abrigo, el libro mío que tuve más a mano. Di el papel en que estaba anotada la dirección a un amigo que me llevó rápidamente al sitio en que me esperaban.

Era la Vega Central. Cuando entré al local del sindicato tuve un momento tremendo de vacilación. Me di cuenta de que estaba entre los cargadores de la Vega y que yo no estaba preparado para hablarles.

Tuve la misma sensación que hacía años me había perturbado en Madrid cuando nos invitaron en la Universidad a Federico García Lorca y a mí a leer nuestros últimos versos a los alumnos de literatura. Federico había preparado cuidadosamente su discurso en que me presentaba. Cuando subimos a la tribuna nos dimos cuenta de que estábamos rodeados, no por un público literario, sino por centenares de colegiales de preparatorias que hacían un ruido infernal.

Federico se levantó para hablar y rápidamente me dijo al oído: "Pablito, qué disparatón".

Aquí, frente a los cargadores de la Vega, yo no tenía a nadie a quien susurrarle nada.

Me senté frente a ellos. Sólo tenía mi libro *España en el Corazón* conmigo. Frente a mí veía los rasgos duros de sus rostros, sus tremendas manos sobre el respaldo de las bancas. Casi todos tenían sacos terreros a manera de delantales. Bajo los bancos divisé cantidades de ojotas.

No se me ocurría qué decirles. Comencé a leerles del libro que llevaba conmigo. Les leí aquellos versos de la guerra de España en que tanta pasión y tantos dolores se había depositado. Pasé de un verso a otro. Leí casi todo el libro.

Yo nunca he pensado que *España en el Corazón* fuera un libro fácil. Está allí el interés hacia el mundo del hombre, hacia la verdad ensangrentada por el martirio. Pero el nudo de la oscuridad se está empezando a cortar solamente.

En aquel sitio comprendí que debía cortar en definitiva con muchos prejuicios.

Sin embargo, continuaba leyendo. Sentí de pronto una terrible impresión de vacío. Los cargadores me escuchaban en un silencio rigurosos.

Los que no han estado en contacto con nuestro pueblo no saben lo que es el silencio del chileno. Es el silencio total, no sabes tú si es el de la reverencia o el de la reprobación absoluta. Ninguna cara te dice nada. Si quieres pescar un indicio flotante estás perdido. Es el silencio más pesado del mundo. Es un silencio de mahometanos meditando en el desierto.

Terminé la lectura de mis versos. Entonces se produjo *el hecho más importante de mi carrera literaria* (subrayado por J. V.). Algunos aplaudían. Otros bajaban la cabeza. Luego todos miraron a un hombre, tal vez el dirigente sindical. Este hombre se levantó igual que los otros con su saco a la cintura, con sus grandes manos en el banco, mirándome me dijo: "Compañero Pablo, nosotros somos gente muy olvidada, nosotros, puedo decirle, nunca habíamos sentido una emoción tan grande. Nosotros queremos decirle..."

Y rompió a llorar con sollozos que lo sacudían. Muchos de los que estaban junto a él también lloraban. Yo sentí la garganta anudada por un sentimiento incontenible.

Se habla mucho de si la poesía debe ser esto o aquello, si debe ser política o no política, pura o impura.

Yo no sé de estas discusiones. No puedo tomar parte en ellas.

La retórica y poética de nuestro tiempo *no sale de los libros*.

Sale de estas reuniones desgarradoras en que el poeta se enfrenta por primera vez con su pueblo. No se trata de que nadie le exija nada. Cuando yo leo las observaciones sobre mi poesía, tengo que poner en la balanza muchos hechos. Sería largo contarlos.

¿Qué página puede pesar más en esta balanza que esa impresionante reunión humana?

Comencé entonces a pensar no sólo en la poesía social. Sentí que estaba en deuda con mi país, con mi pueblo".

Como otras tantas citas, ésta es imposible de reducir. Porque en Neruda no valen sólo los conceptos, sino las emociones y sensaciones de donde aquéllos surgen, las situaciones vitales concretas. En las anteriores páginas de un escritor ya maduro podemos observar cuál fue el impulso que lo llevó a un vuelco fundamental en su poesía, impulso que como siempre no brotó de los libros, "la retórica y poética de nuestro tiempo no sale de los libros", brotó de una experiencia humana decisiva.

Lo vemos operar, una vez más, desde fuera de la estética aunque luego sus grandes poemas demuestren que se hace cargo de ella llevado por su certero instinto creador. No puede desconocerse este importante hecho para comprender el valor cultural de su obra que surge con un sentido de misión moral y espiritual antes que estético: "sentí que estaba en deuda con mi país, con mi pueblo". Lo mismo había ocurrido años antes frente al impacto de la Revolución Española. A medida que avanza el tiempo se hace más consciente y definida esta conciencia de poeta latinoamericano: el hombre de Chile, el hombre de América y su destino, el espíritu nacional y libertario, son los temas que le preocupan tanto en su poesía del *Canto General* como en conferencias y discursos. Su *Canto General* incorpora a la poesía un vasto conocimiento de la historia, geografía, flora y fauna orgánicamente concebida dentro de una visión dialéctica del desarrollo de las luchas del hombre americano por la libertad y toma de conciencia en el doble plano de lo social y cultural.

UN TESTAMENTO IDEOLOGICO

El 30 de marzo de 1962 la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile en sesión pública recibió a Pablo Neruda en calidad de miembro académico.

Este discurso lo consideramos como la "Summa" de su vida y de su pensamiento de chileno y latinoamericano, de su preocupación por una labor intelectual liberadora y de exaltación de los valores nacionales: "todo intento de exaltación nacional es un proceso de rebeldía anticolonial y tiene que disgustar a las capas que tenaz e inconscientemente preservan la dependencia histórica"⁴.

⁴*Discursos*. Editorial Nascimento. 1962.

El trabajo se titula sugestivamente *Mariano Latorre, Pedro Prado y mi Propia Sombra*, que es como decir la tierra, el aire y vuelta a la tierra. Pocos como Mariano Latorre amaron con más tenacidad nuestra tierra. Con paciencia de benedictino hizo el recuento de todo lo más significativo que encontró a su paso: flora, fauna, costumbres, leyendas, supersticiones, contribuyendo a la creación de una mitología y a un sistema de referencias autóctonas inestimable para el desarrollo de una tradición: "La claridad de Mariano Latorre fue un gran intento de volvernos a la antigua fragancia de nuestra tierra". Reconoce y valora en Mariano Latorre su búsqueda de una esencia nacional, su sentido de continuar por las sendas que abrió don Alonso de Ercilla y que más tarde transitaban Andrés Bello y José Victorino Lastarria. Neruda se lamenta de que pocos hayan tomado esa bandera que deberíamos cultivar y mantener: "En *La Araucana* no vemos sólo el épico desarrollo de hombres trabados en un combate mortal, no sólo la valentía y la agonía de nuestros padres abrazados en el común exterminio, sino también la palpitante catalogación forestal y natural de nuestro patrimonio. Aves y plantas, aguas y pájaros, costumbres y ceremonias, idiomas y cabelleras, flechas y fragancias, nieve y mareas que nos pertenecen, todo esto tuvo nombre, por fin, en *La Araucana* y por razón del verbo comenzó a vivir. Y esto que recibimos como un legado sonoro era nuestra existencia que debíamos preservar y defender".

He aquí hermosamente conceptualizada nuestra genealogía humana y cultural: el mestizaje de sangre en esa lucha de "nuestros padres abrazados en el común exterminio"; las fuentes de nuestra tradición en el recuento y nacimiento del mundo por la palabra. Neruda sistematiza aquí lo que para él fue instinto, atracción natural: las formas, sensaciones, colores y olores de cuanto lo rodeaba.

Pedro Prado significó casi todo lo contrario: hombre exquisitamente refinado, recoleto, constante buscador de esencias, estaba siempre ajeno y lejano al mundo circunstante. Simbolizaba el pensamiento ecuménico, el sabio en cuyo cerebro resplandecen todas las luces y corrientes, símbolo también de aquellos sagrados instrumentos que nos permiten, sin temor, hundir la mano en nuestra tierra sin quedar prendido de sus raíces.

Luego de rendir tributo a esta refinada figura de nuestras letras que deslumbró sus ojos de provinciano inexperto, "esa sensación de poderío supremo de la inteligencia recibida en mi joven edad no me

lo ha dado nadie después", Neruda vuelve a su propia sombra, a la más importante de sus "residencias": su propia tierra, el sur de Chile que es una constante presencia en toda su obra, "Pero mi libro más extenso, ha sido este libro que llamamos Chile. Nunca he dejado de leer la patria, nunca he separado los ojos del largo territorio".

Es este discurso se mezclan experiencias humanas, sociales y literarias que adquieren un especial interés y significación por el tono de honestidad que poseen y por venir de un poeta ya maduro por cuya cabeza han soplado los vientos de todos los continentes y cuyas pupilas han brillado con la lectura de muchos libros: viejos y modernos, de primera y segunda categoría, de Europa y de América que han dejado en él una nota de nostalgia que no quiere ni desea olvidar. "El mundo de las artes es un gran taller en el que todos trabajan y se ayudan, aunque no lo sepan ni lo crean. Y en primer lugar estamos ayudados por el trabajo de los que nos precedieron y ya se sabe que no hay Rubén Darío sin Góngora, ni Apollinaire sin Rimbaud, ni Baudelaire sin Lamartine, ni Pablo Neruda sin todos ellos juntos. Y es por orgullo y no por modestia que proclamo a todos los poetas mis maestros, pues ¿qué sería de mí sin mis largas lecturas de cuanto se escribió en mi patria y en todos los universos de la poesía"?

Poco a poco este "viajero inmóvil" se hace residente "estable y móvil" pero dentro de Chile cuya tierra atrae y absorbe sus sentimientos hasta el punto que todo lo demás se le vuelve remoto y ajeno. "En alguna calle de París, rodeado por el inmenso ámbito de la cultura más universal y de la extraordinaria muchedumbre, me sentí solo como esos arbolitos del sur que se levantan medio quemados, sobre las cenizas. Aquí siempre me pasó otra cosa. Se conmueve aún mi corazón —por el que ha pasado tanto tiempo— con esas casas de madera, con esas calles destartáladas que comienzan en Victoria y terminan en Puerto Montt, y que los vendavales hacen sonar como guitarras. Casas en que el invierno y la pobreza dejaron una escritura jeroglífica que yo comprendo, como comprendo en la pampa grande del norte, mirada desde Huantajaya, ponerse el sol sobre las cumbres arenosas que toman entonces los colores intermitentes, arrobadores, fulgurantes, resplandecientes o cenicientos del cuello de la torcaza silvestre".

Como siempre, expresa sus observaciones con la despreocupación del que no le interesa pasar por intelectual o erudito. Tal vez de

esta fluidez y sencillez (difíciles de encontrar en otro escritor latinoamericano) surge esa sabiduría constante de sus escritos y el tono antiintelectual, somántico de su poesía: "comprendí de una manera vaga que mi trabajo debía producirse en forma tan orgánica y total que mi poesía fuera como mi propia respiración, producto acompañado de mi existencia, resultado de mi crecimiento natural". Qué distancia del lenguaje deslumbrante, denso de carga cultural y verbal de un Octavio Paz. Dos actitudes vitales, dos mundos: el de la aventura diaria con las cosas; el de la peripecia cotidiana con la química del pensamiento y las abstracciones. Ambos puntos decisivos en nuestras letras, pero lo que en Paz es pasión intelectual, literaria, en Neruda es pasión vital, contacto con el mundo y los objetos, las acciones, la sociedad; su universalismo nace y regresa nuevamente como un jerifalte a la misma fuente: la tierra, la infancia, el sur de Chile donde aprendió las cosas fundamentales en el silencio y el diálogo mudo con la naturaleza cuyos enigmas y temblor misterioso se ha mezclado con su propia sangre.

Hemos querido transmitir a través de esta líneas la importancia de una obra como formadora de conciencia latinoamericana en un momento de nuestro desarrollo histórico cuyo ciclo aún está por cumplirse, cuando aún nuestra vida espiritual está saturada de influencia europea y norteamericana, cuando nuestras instituciones son aún incapaces de atraer nuestra fe, y nuestra existencia pública y privada está plagada de verbalismo hueco, de falsos mitos, de almiarados emblemas, cuando a pesar de haber alcanzado una literatura universal, con características propias, independiente, nuestra vida social y cultural se debate en un provincianismo frustrante y desolador.

Este no ha pretendido, deliberadamente, ser un ensayo literario sino un intento por descubrir en una obra poética fundamental y en trabajos dispersos del escritor signos inequívocos de su vocación nacional y americanista. Se trata de destacar la importancia de un poeta como formador espiritual de su pueblo tal como lo fueron el juglar anónimo del Cid, Virgilio o Walt Whitman. Así lo entiende Neruda cuando dice en la última parte de su *Discurso*: "Marx y Lenin, Gorki, Roman Roland, Tolstoy, Barbusse, Zola, se levantaron como grandes acontecimientos, como nuevos conductores y constructores del amor. Lo hicieron con hechos y con palabras y nos dejaron encima de la mesa, encima de la mesa del mundo, un pa-

quete que contenía una caudalosa herencia que nos repartimos: era la responsabilidad intelectual, el eterno humanismo, la plenitud de la conciencia".

Responsabilidad intelectual, plenitud de la conciencia americana y nacional son los signos que han guiado el trabajo literario de Neruda desde sus primeros poemas hasta su obra de madurez.

Houston, marzo 1969